

## EL DESCUBRIMIENTO DE PETRA

**Arturo Sánchez Sanz**  
**Licenciado en Historia (UCM)**  
*Máster en Historia y*  
*Ciencias de la Antigüedad (UCM/UAM).*

### RESUMEN.

En 1812 el explorador sueco Johann Ludwig Burckhardt, que en Alepo pudo encontrarse con el viajero español Ali Bey (Domingo Badía y Leblich), llevó a cabo uno de los descubrimientos más importantes de la época durante uno de sus numerosos viajes al localizar por primera vez la capital del antiguo reino nabateo, Petra.

### ABSTRACT

*In 1812 the Swedish explorer Johann Ludwig Burckhardt in Aleppo could meet the Spanish traveler Ali Bey (Domingo Badia and Leblich) conducted one of the most important discoveries of the time during one of his many trips to locate first the capital of ancient Nabataean kingdom, Petra.*

**Palabras clave:** Petra, Buckhardt, Wadi Musa, Reino Nabateo.

**Key words:** Petra, Buckhardt, Wadi Musa, Nabatean Kingdom.

## I. INTRODUCCIÓN

Burckhardt nació en Lausana, aunque su importante familia provenía de Basilea. A pesar de su posición, su padre se vio envuelto en diversos problemas a lo largo de su vida, incluyendo falsas acusaciones de traición durante la Revolución Francesa, que a la larga propiciarían la ruina económica de la familia bajo el nuevo régimen francés. Quizá por este motivo su hijo John albergaría siempre una palpable animadversión hacia los principios liberales franceses, procurando, desde que tuvo edad para ello, enrolarse en cualquier ejército europeo que estuviera en lucha con los franceses. Pero antes estaba decidido a terminar su formación superior y con solo 16 años ingreso en la Universidad de Leipzig de donde cuatro años después se trasladaría a Göttingen. En ambos lugares su conducta ejemplar, alto sentido del honor, excepcional talento y ardiente afán de sapiencia le valieron la estima y el respeto generales, mientras que su extraordinaria franqueza, jovialidad, cortesía y templanza le granjearon el cariño sin condiciones de sus amistades más íntimas. Finalizados sus estudios y viendo que casi todo el continente estaba bajo control francés, optó por intentar acceder al cuerpo diplomático alemán, sin éxito, trasladándose a Inglaterra en julio de 1806. Allí, el presidente de la Royal Society, Joseph Banks, fue durante mucho tiempo miembro activo del comité de la Asociación Africana, que por esta época había empezado a desesperarse al ver que los expedicionarios enviados al continente no sólo tenían dificultades para recopilar

información sino que varios de ellos murieron en el empeño y, enterado de ello, Burckhardt presentó su candidatura a Banks y al reverendo doctor Hamilton, siendo aceptado en mayo de 1808 tanto por sus amplios estudios como por su fuerte constitución que sin duda sería un elemento también importante en el viaje que estaba por emprender.

Aun así, nuestro aventurero no recibiría instrucciones hasta enero de 1809 pero no perdió el tiempo y durante ese intervalo de tiempo se dedicó al aprendizaje de la lengua árabe y de las materias científicas que pudieran serle de utilidad (química, astronomía, mineralogía, medicina y cirugía) en Cambridge. Se dejó crecer la barba y adoptó la vestimenta oriental intentando crear un personaje lo suficientemente bien caracterizado como para no ser fácilmente reconocido en los países musulmanes y que ello le permitiera no solo sobrevivir sino acceder a lugares y territorios donde sus habitantes nunca habrían ayudado a llegar a un europeo. Del mismo modo que hacía con su mente también se encargó de preparar su cuerpo para los rigores de un viaje tan peligroso que podía serlo en aquella época; efectuó largas caminatas en las que mantenía la cabeza descubierta bajo el calor del sol, dormía en el suelo y se sustentaba de vegetales y agua.

Una vez pudo comenzar su viaje la primera escala fue Siria, donde debía perfeccionar su conocimiento de la lengua árabe durante dos años. Para ello pasó por Malta, de la que salió en dirección a Alepo como un comerciante indio musulmán, portador de despachos de la Compañía de las Indias Orientales al cónsul británico. Para su caracterización eligió el nombre de Ibrahim ibn Abdallah y ropas típicas sirias, pero con la suficiente astucia como para no ser totalmente las del país a fin de que su acento y modales no concordaran con ellos y fuera descubierta. No quería llamar la atención pero tampoco caracterizarse demasiado de forma que se notara que intentaba pasar por nativo deliberadamente. Este sería solo un ejemplo de lo cuidadoso que fue siempre Burckhardt a la hora de ocultar su verdadera identidad a sabiendas de que si le descubrían lo más probable era que siguiera los pasos de los exploradores que le precedieron. Siempre intentaba pasar desapercibido, nunca llamaba la atención, practicaba el árabe siempre que podía para perfeccionarlo y que le sirviera como pilar de su caracterización. No sin vicisitudes y soportando engaños de todo tipo en las distintas escalas que se vio obligado a hacer, nuestro viajero pasó por Antioquia para seguir viaje, siempre mostrando, como nos relata con reiteración, que a pesar de su buena caracterización en todos los lugares por los que pasó y con casi todas las personas que se topó si bien no fue descubierta siempre tuvo que soportar enormes recelos y desconfianzas hacia su persona que dificultaron su misión y lo mantuvieron siempre alerta.

Durante sus viajes sabemos de la incesante correspondencia que mantuvieron Burckhardt y Banks donde el primero le informaba sobre sus progresos<sup>1</sup> y el segundo le agradecía su esfuerzo y le mantenía informado de los acontecimientos más destacables sucedidos en Europa. Una vez en Alepo, allí pasó dos años y medio perfeccionando el árabe sin abandonar su caracterización por miedo a que gentes de esa región pudieran luego encontrarse con él en Egipto y reconocerle, a pesar de lo cual decidió cambiar sus

---

<sup>1</sup> Gracias a ello, posteriores descubrimientos como la ubicación de la antigua capital nabatea servirían, entre otras cosas, para que ya durante el primer tercio del siglo XIX no solo numerosos viajeros siguieran sus pasos sino que, como indica el editor del prólogo de su obra original, sus datos y referencias geográficas fueran empleadas para el intento de reconstrucción del camino que los israelitas habrían tomado desde Egipto hasta Siria mucho tiempo atrás. BURCKHARDT, Jhon Lewis; *Travels in Syria and the Holy Land*; London, Jhon Murray, 1822, p. XIII.

ropas por las típicas turcas que los viajeros occidentales llevaban habitualmente en Siria.

No dejara Burckhardt de hacer referencia a las alusiones que los autores clásicos hicieron sobre Petra para confirmar su descubrimiento, citando a Eusebio de Cesarea, Plinio o Estrabón. Lamentablemente y como él mismo reconoce, no pudo detenerse demasiado a estudiar aquellas ruinas tan importantes para no despertar las sospechas de su guía y de los beduinos que allí vivían.

Si se me permite, no puedo dejar de mencionar la alusión que en sus escritos hace Burckhardt sobre el viajero español que se encontró en aquellas lejanas tierras durante su estancia en Alepo, se trata en realidad de Domingo Badía y Leblích, que como Burckhardt era consciente de los peligros que un occidental corría al viajar por dichas regiones y se caracterizó igualmente como Alí Bey imbuyendo a su personaje de la dignidad que se debía a un príncipe Abassí, supuestamente originario de Alepo, que había sido educado en Europa desde niño y que regresaba para volver a su patria y asentarse en ella. Durante su aventura por Arabia y el norte de África plasmó en forma de libro con abundante material topográfico, naturalístico, etnológico, geográfico, arqueológico y científico, se hizo conocer como Alí Bey<sup>2</sup>, el príncipe Abassí. Los motivos de su viaje no son claros pero se acepta que quizá buscaba en realidad un estudio político y comercial que pretendía conocer las posibilidades de intercambio y beneficio que se abrían para España, con la posible intención, apoyada por Godoy, de derrocar el poder establecido en Marruecos y hacerse con las riendas de este territorio, vital para los intereses españoles en una época en la que las potencias europeas se están empezando a instalar en África y Asia.

Partiría para su último viaje de París en 1818, en marzo llegaría Constantinopla y en mayo a Alepo, pero el 31 de agosto fue encontrado muerto en su litera cerca de Damasco (él creía que había sido envenenado), de nuevo camino hacia La Meca. Sería en Francia donde publicaría su obra *Voyages d'Alí-Bey en Afrique et en Asie pendant les années 1803, 1804, 1805, 1806 et 1807*, en tres tomos, más un atlas con ochenta y tres láminas y cinco mapas al que añade explicaciones de las que el autor ha ido realizando a lo largo de todo el viaje. Posteriormente se traducirá al alemán, italiano e inglés, y solo en 1836 al español. Sería durante su estancia en Alepo donde Burckhardt y Badía se conocerían como Ibrahim ibn Abdallah y Alí Bey, y este último nos ofrecería su particular visión de nuestro viajero que, desconocemos el motivo, le dijo que había nacido y sido educado en Túnez de padres españoles, lo cual no se correspondía ni con la verdad ni con su propia caracterización, aunque si le mostró cual era su verdadero nombre. De él nos comenta la importancia que para su manutención y supervivencia tenían las cartas de recomendación que portaba de su amigo y mecenas Godoy, siendo su misión la recolección de antigüedades y la elaboración de un diario de viajes sobre los cuales ambos mantuvieron amenas charlas.

En su periplo por Siria, antes de llegar a la mítica Petra, Burckhardt recorrió otros muchos lugares siempre alerta para anotar cualquier referencia sobre ruinas o inscripciones, como la antigua Cesárea de Filipo. De vuelta a Damasco preparo un nuevo viaje a lo que denominada y así eran como “*territorios nunca visitados por viajeros europeos*”, en referencia a la provincia de Haurán<sup>3</sup>. La expedición duraría

---

<sup>2</sup> CÓRDOBA ZOILO, J.M. (Ed.); *Espanoles en Oriente Próximo (1166-1926). Aventureros y peregrinos, militares, científicos y diplomáticos olvidados en el redescubrimiento de un mundo*; Arbor 711-712, tomo CLXXX, marzo-abril (2005), pp. 757-773.

<sup>3</sup> El propio autor menciona que tan solo cuatro años antes esta región había sido recorrida por el médico, naturalista y explorador alemán U. J. Seetzen (1767-1811) autor de varios manuscritos

veintisiete días en los que paso por la antigua y tardía capital nabatea de Boszra así como por otros muchos lugares donde según sus propias palabras “*Descubrí a cada paso vestigios de ciudades antiguas, contemplé los restos de un sinfín de templos, edificios públicos e iglesias griegas, topé en Shobhe con un anfiteatro bien conservado y en otros lugares con columnas que aún aguantaban en pie, y se me brindaron múltiples oportunidades de copiar inscripciones en griego que podrían servir para echar un poco de luz sobre la historia de aquellos rincones semiolvidados. Eran, en su mayoría, escrituras pertenecientes al Bajo Imperio, mas en algunas de las ruinas más regias las había que databan de los reinados de Trajano y Marco Aurelio*”<sup>4</sup>. Durante su estancia en Alepo se alejaría de la ciudad varias veces para visitar Damasco y Palmira, así como regiones como el Líbano, anti-Líbano o el Haurán, dejando atrás el Mar Muerto para llegar a Wadi Musa en febrero de 1812, una vez que decidió abandonar definitivamente la ciudad siria en dirección a Egipto, no dudando en dar un rodeo para descubrir los restos de Petra, la grandiosa capital nabatea y de la Arabia Petraea, con sus edificios excavados en la roca<sup>5</sup>. Según sus escritos a dos días a caballo desde Akaba y en dirección nordeste se encontraba el Wadi Musa cuyo emplazamiento destaco por los restos de una antigua ciudad que no dudó en identificar acertadamente.

Al comienzo de su relato, Burckhardt no deja de mostrarnos su interés por visitar las antigüedades que se encontraban en el Wadi Musa, mas teniendo en cuenta que permanecían inexploradas y que serian de interés aunque ello supusiera retrasar levemente su misión original. Así, con la excusa de ofrecer un sacrificio en la tumba de Aarón que se encontraba en el valle, el 22 de agosto de 1812 se encaminaría hacia allí de la mano de un guía, contratado en Eldjy, al que su permanente y precaria situación económica no permitió que le pagara más que con dos herraduras viejas. No tardaría Burckhardt en apreciar los tesoros que guardaba la antigua Petra y ya desde el estrechamiento, que servía de acceso y protección a ella, comenzó a sorprenderse y manifestaría el desanimo de no poder ofrecer un estudio detallado para no levantar sospechas. Comienza por relatarnos la existencia de las llamadas tumbas Djin, que acertadamente reconoció o supo que se trataba de mausoleos, situados cerca unos de otros y en la entrada a la ciudad; seguidamente dio cuenta de la grandeza de otra tumba que sería la conocida después como Tumba de los Obeliscos que describe con rigor y detalle disociando su arquitectura del estilo típico egipcio quizá en referencia a la influencia que los beduinos de la zona achacaban a esta civilización con respecto de la capital nabatea.

En su periplo Burckhardt no sólo nos ofrece un relato detallado de las construcciones y monumentos antiguos que pudieron avistar sus sorprendidos ojos, sino que se agradecen también las descripciones del entorno y que ayudan al lector a situarse mejor no solo en cuanto a la grandeza del lugar, sino en cuanto a la comprensión de su arquitectura y formas. Si a ello le sumamos las propias y acertadas apreciaciones que une a su relato, este nos ofrece una imagen extraordinaria de lo que allí pudo apreciar en aquella época y la cual no debemos olvidar que se trata también de un elemento de valor científico incalculable. Mencionara la existencia de numerosas tumbas de menor tamaño

---

publicados póstumamente en 1854-9 pero de los cuales la mayor parte se perdió junto con el relato sobre esta región. Murió envenenado en La Meca.

<sup>4</sup> PÉREZ, Marta (Trad.); *Vida y viajes de John Lewis Burckhardt*; Barcelona, Laertes, 1991, p. 58.

<sup>5</sup> Diversos autores clásicos ya ofrecían ciertas referencias a su emplazamiento en la antigüedad. Diod. Sic. *Bib. His.* 1. 2. Plinio. *Hist Nat.* 1,6.

y ornamentación situadas en su camino, así como se detiene en tratar acerca de los sistemas de canalización y recogida de aguas, con canales pavimentados y muros de piedra que servirían para guiar su curso por el Siq, elaborados en el lugar y en base a la enorme importancia que ello suponía para la existencia y mantenimiento no solo de la floreciente capital nabatea en época antigua sino para los propios habitantes beduinos del lugar por tratarse de un entorno desértico donde el agua siempre fue tenida como el mayor de los tesoros.

En la época en que Burckhardt visitó la ciudad aun se podía apreciar el arco que cubría el acceso y que no ha perdurado hasta nuestros días, no así ha sucedido con los nichos excavados en las paredes del Siq, de los cuales nos ofrece incluso sus medidas aproximadas, y que ya el propio autor dedujo que se realizaron para contener estatuas por los restos que aun perduraban en algunos de ellos. Al llegar al final del pasaje no oculto su asombro al apreciar el Khazneh, hoy conocido como “Tesoro”, del que destaca su extraordinario estado de conservación y nos ofrece un interesante análisis en cuanto a sus dimensiones, estructura arquitectónica y decoración. Ya entonces Burckhardt, aunque lo visitó, no pudo encontrar nada en su interior debido a los saqueos, quizá llevados a cabo por los beduinos, y aunque aun hoy en día se desconoce su función concreta ya el propio autor estimo que se trataría de una elaborada sepultura, la cual es una de las principales hipótesis que se barajan hoy en día junto con la de que pudo tratarse de un templo. Burckhardt indica que los beduinos que habitaban el lugar lo llamaban Kaszr Faraoun, o *Castillo del Faraón* ya que entendían que fue la residencia de un príncipe por su grandiosidad, pero este lo relacionó más con la sepultura de alguno de los soberanos de la ciudad.

Avanzando por el Siq en su ruta Burckhardt nos informa de nuevos sepulcros excavados en la roca que pudo examinar con cierto detalle y de los que nos ofrece numerosos detalles sobre su estructura, decoración y función, comparando algunas de sus fachadas con sus homólogos que pudo observar tras visitar Palmira. El siguiente hito en su camino fueron los restos del teatro griego que encontraría un poco más adelante, del cual nos ofrece incluso una estimación de su capacidad, lo cual ofrece muestras de su capacidad de percepción cuando apenas debió poder verlo fugazmente ya que dicho teatro estaba diseñado para albergar originariamente unos 3.000 espectadores antes de su ampliación, ya en periodo romano a partir del 106 d.C., a unos 8.500 asientos. Es interesante ver como el autor no deja de ofrecer nunca datos acerca del estado de las ruinas que pudo contemplar, indicando que muchas de ellas se encontraban en mal estado debido a los materiales (muchos de ellos restos de otros monumentos) que arrastraban las torrenteras de agua a su paso por el valle y que no sólo arrancaban fragmentos de estos monumentos sino que depositaban en ellos otros pertenecientes a construcciones cercanas.

También nos ofrecerá importante información relacionada con los habitantes del lugar en la época en que él lo visitó, ya que no obviando la importancia del agua en esa zona desértica observa que los beduinos del lugar reutilizaban los viejos sistemas de canalización y almacenamiento de agua ya construidos por los antiguos nabateos, como es el caso de algunas cisternas. Las siguientes construcciones que llamarían su atención fueron las tumbas reales, tanto por su grandiosidad como por su elevado número, pero le impresionaría aun más el *Qasr al-Bint Faroun* o Palacio de la Hija del Faraón, como lo llamaban en el lugar, mas su intento de explorarlo acabaría por confirmar las sospechas de su guía y para salir del apuro tuvo que abandonar su curiosidad no sin antes defender su identidad, debiendo dirigirse ya sin más dilación hacia la tumba de Aarón para llevar a cabo el sacrificio si pretendía salir vivo de aquella región.

Este incidente serviría a Burckhardt para transmitir en su diario el sentir de las gentes del lugar hacia los restos de la antigua ciudad en la que habitaban y de la que no sabían nada en cuanto a su verdadera naturaleza. En este sentido, incide en su fijación en que esas ruinas tan increíbles debían albergar magníficos tesoros escondidos allí por sus constructores que de tantos recursos y bienes debieron disponer para poder construir aquello. También destacan las creencias mágicas de estas gentes y que enseguida pusieron en relación con nuestro autor en base a su desconfianza y que. A fin de cuentas, también estaban relacionadas con su celosa protección de supuestos tesoros de los que ni siquiera tenían la certeza de su existencia.

Si bien este acontecimiento si bien nos ha privado de sus comentarios detallados acerca del resto de monumentos de la ciudad, no impidió que aun durante su estancia ofreciera algún detalle más como de lo que creyó serían los restos de un gran templo enfrente del *Qasr al-Bint Faroun* en base a los únicos restos visibles formados por una única columna aun en pie, o sobre la escalera tallada en la roca que llevaba hasta la tumba del hermano de Moisés. No deja de sorprender que, en su afán demostrado a lo largo de su viaje por recoger por escrito cuantas inscripciones de la antigüedad le fuera posible, se lamentara de que en Petra estas brillaban por su ausencia, a pesar del buen estado de conservación de muchas de sus construcciones, pero el mismo nos ofrecería la razón para ello y esta descansaba en el materia, piedra arenisca de color rojizo, en el que se habrían elaborado todas ellas por su abundancia y que el paso del tiempo y la acción del agua habían borrado en su casi totalidad.

A su marcha obligada se lamentaría de no haber llegado a ver la tumba de Aarón, no por ella misma sino por los restos arquitectónicos que sabía jalonaban ese camino, y que ya no podría observar y describir con sus propios ojos, aprovechando para destacar el mal juicio de los árabes a la hora de valorar los vestigios de la antigüedad. Pero ello no detendría su afán analítico y nos ofrecería su punto de vista acerca de la buena disposición defensiva del lugar<sup>6</sup> que los nabateos habían elegido para establecer su capital, quizá el punto principal que serviría de pretexto para decidir su emplazamiento, así como cierto escepticismo en cuanto a las buenas comunicaciones de esta con las regiones limítrofes, algo que a la postre nunca impidió a la ciudad que se convirtiera en uno de los puntos básicos de las principales rutas de caravanas que allí llegaban, desde Arabia.

Finalmente, hay que destacar que ni la fatiga ni los peligros del viaje pudieron evitar que la valentía y el afán científico de nuestro autor le encaminaran hasta allí aun a riesgo de su vida y es por ello que siempre se le deberá reconocimiento por ser como fue el descubridor de los restos de la antigua y mítica capital nabatea, algo que el propio Burckhardt intuía pero dejaba a la posteridad dicho reconocimiento bien merecido. Una vez la noticia llegó a Europa una oleada de nuevos aventureros llevaría a personajes como W.J. Bankes acompañado por C. L. Irby y J. Mangles (1818), León De Laborde (1828), David Roberts (1839), Francis Frith (primer fotógrafo de Petra en 1860)<sup>7</sup> hasta la antigua ciudad afrontando los mismos riesgos junto con la hostilidad de sus habitantes beduinos.

Las aventuras de Burckhardt no de detuvieron, lógicamente, en Petra, sino que seguiría viaje hacia Egipto con la finalidad de llevar a cabo por fin la misión que la

---

<sup>6</sup> Como ya se mencionara en autores como Diodoro cuando los nabateos refugiaron a mujeres y niños en tan defensiva posición, ante el ataque de Demetrio. Diod. Sic. *Bib. Hist.* XIX, 97.

<sup>7</sup> BLÁNQUEZ, Carmen; DEL RIO, Ángel; *Petra. Historia y arqueología*; Dilema, Madrid, 2010, pp. 43-44.

Asociación Africana le había encomendado, pero ya en aquel país, el 4 de octubre de 1817 los síntomas de disentería que arrastraba desde días atrás mermarían sus fuerzas de tal forma que tuvo que guardar reposo, siendo asistido en El Cairo por un médico inglés que allí se encontraba pero que nada podría hacer para mejorar su estado. Permanecería luchando contra su enfermedad durante otros once días en que los remedios que se le administraron no surtieron efecto y, consciente de ello, mandaría llamar al cónsul británico en la ciudad, el señor Salt, para dictarle sus últimas voluntades en las que no dejó nunca de mostrar su tristeza por no poder finalizar su misión inicial. A las doce menos cuarto de aquel día Burckhardt terminó su viaje y su funeral se celebró bajo el rito mahometano como fue su deseo, en consonancia con su personaje. Su enorme aportación al progreso de la ciencia y al estudio de la antigüedad nunca dejarán de asombrar y de ser reconocidos tanto o más que su tenacidad, perseverancia, bondad<sup>8</sup> y esfuerzo.

La Asociación Africana recogería sus escritos sobre Nubia y las regiones del nordeste de África en un primer volumen (1819), mientras que su periplo por Siria y Tierra Santa sería publicado en un segundo volumen (1822) y sus viajes por Arabia en un tercero (1829).

---

<sup>8</sup> No solo dejó a su madre la parte de la herencia de su padre que le correspondía, sino que en su testamento le legó todos sus bienes para que pudiera disponer de un medio de subsistencia. PÉREZ, Marta (Trad.); *Opus cit.*, p. 140.

## **Bibliografía**

BLÁNQUEZ, Carmen; DEL RIO, Ángel; *Petra. Historia y arqueología*; Dilema, Madrid, 2010, pp. 43-44.

BURCKHARDT, Jhon L.; *Travels in Syria and the Holy Land*; London, Jhon Murray-Albermarle Street, 1822.

CÓRDOBA ZOILO, J.M. (Ed.); *Espanoles en Oriente Próximo (1166-1926). Aventureros y peregrinos, militares, científicos y diplomáticos olvidados en el redescubrimiento de un mundo*; *Arbor* 711-712, tomo CLXXX, marzo-abril (2005), pp. 757-773.

PÉREZ, Marta (Trad.); *Vida y viajes de John Lewis Burckhardt*; Barcelona, Laertes, 1991.